



El misterio de la noche de Halloween en San RocÃo

En un pequeño pueblo llamado San RocÃo, escondido entre las montañas de AndalucÃa, las noches de otoño eran frÃas y silenciosas. Pero habÃa una noche al año que rompÃa esa calma: la noche de Halloween. Las estrechas calles empedradas se iluminaban con la tenue luz de calabazas talladas, y los niños se disfrazaban de fantasmas, brujas y monstruos para recorrer las casas pidiendo caramelos con la tradicional frase: â??¡Truco o trato!â?•

Õlex, Pablo y Marisa, tres amigos inseparables, esperaban esa noche con ansias todos los años. Pero este Halloween prometÃa ser diferente. Un antiguo rumor recorrÃa las conversaciones en el pueblo: la **Torre de la Hechicera**, una vieja construcción de piedra abandonada en las afueras, estaba maldita. Se decÃa que una hechicera, que habÃa vivido allà hacÃa siglos, regresaba cada Halloween para asustar a quienes se atrevÃan a acercarse.

â??Bah, eso son solo cuentos para asustar a los niños pequeños â??dijo Õ lex mientras se colocaba su capa de vampiroâ??. Nadie ha visto nunca nada.

â??¡Mi abuela dice que escuchó unos gritos el año pasado! â??replicó Pablo, disfrazado de zombiâ??. Y dicen que, si entras en la torre, siempre oyes ruidos extrañosâ?!

â??¡Qué emocionante! â??exclamó Marisa, envuelta en una sábana blanca que simulaba ser un fantasmaâ??. ¿Por qué no vamos esta noche después de recoger caramelos? Asà comprobamos si es verdad.

Los otros dos se miraron, nerviosos, pero la emoción pudo más que el miedo. Después de una divertida ronda de disfraces y caramelos, cuando el reloj del



campanario dio la medianoche, los tres amigos tomaron sus linternas y se dirigieron hacia la Torre de la Hechicera.

El camino estaba cubierto de hojas secas que crujÃan bajo sus pies, y la luz de la luna apenas iluminaba el sendero. Al llegar, encontraron la puerta de madera entreabierta, balanceándose con un leve chirrido debido al viento.

â??¿Veis? No hay nada que temer â??dijo Õlex, intentando parecer valiente mientras empujaba la puerta para abrirla del todoâ??. Solo es una torre vieja yâ?¦

Un ruido fuerte resonó dentro. ParecÃa que algo habÃa caÃdo.

â??¿Qué ha sido eso? â??preguntó Pablo con los ojos abiertos como platos.

Decidieron entrar, aunque los nervios les jugaban malas pasadas. El interior estaba oscuro, lleno de telarañas y polvo acumulado durante décadas. Subieron por unas escaleras de piedra, con cada paso acompañado por un eco que hacÃa que el corazón les latiera más rápido.

Cuando llegaron a la parte más alta de la torre, encontraron una sala amplia y vacÃa, iluminada solo por la luz de la luna que entraba por una ventana rota. Todo estaba en silencio, hasta que una sombra cruzó rápidamente por una esquina.

â??¿Hay alguien ahÃ? â??preguntó Marisa con un hilo de voz.

De repente, una figura apareció bajo la tenue luz de la luna. Era una mujer alta, con una capa negra y un sombrero puntiagudo. TenÃa los ojos brillantes y una risa profunda y escalofriante.

â??Asà que habéis venido a visitar a la hechicera de la torre, ¿eh? â??dijo la figura con voz grave.

Los tres amigos se quedaron petrificados. Pero entonces, la figura se quit \tilde{A}^3 el sombrero y la capa, revelando un rostro muy familiar. \hat{A}_i Era Rosario, la abuela de Pablo!

â??¡Abuela! â??exclamó Pablo, confundidoâ??. ¿Qué haces aquÃ?



â??QuerÃa daros un pequeño susto â??dijo Rosario con una risa divertidaâ??. La gente del pueblo lleva años contando historias sobre esta torre, y pensé que serÃa divertido mantener la tradición. Además, sabÃa que sois valientes, pero también algo curiosos.

Õlex, Marisa y Pablo se miraron entre ellos y empezaron a reÃr a carcajadas.

â??¡Nos has asustado de verdad! â??dijo Õlex, todavÃa con el corazón acelerado.

â??Bueno, Halloween es para asustar un poquito, ¿no? â??respondió Rosario con una sonrisaâ??. Pero también es para pasarlo bien. ¿Qué os parece si volvemos al pueblo y terminamos la noche con una buena taza de chocolate caliente?

Y asÃ, riendo y compartiendo su aventura, los tres amigos y la abuela Rosario regresaron al pueblo. Aquella noche de Halloween en San RocÃo fue la más emocionante que habÃan vivido. No por una maldición real, sino por una sorpresa que les recordó que, a veces, las mejores historias nacen de un buen susto y muchas risas.